

Camerina Rabasa: una rebelde a destiempo

Perla Schwartz

Ser “señorita” no es una cuestión sencilla en una sociedad que encamina a las mujeres desde niñas al matrimonio. Los típicos juegos de la comidita y las muñecas son antesala para depositar esa mínima posibilidad de libertad en esa pira llamada “altar”.

Quien logra el reconocimiento o la posesión del título de “señora” se ha salvado del indigno título de “señorita” que con los años llega a ser una carga insoportable.

Epoca cuando las carnes se anudan a un esqueleto corcovado, cuando la piel reseca se desmorona por falta de caricias, cuando el maquillaje se vuelve insuficiente para ocultar la amargura, la soledad, la impotencia. Hora en que se congregan los itinerarios de las ausencias en la vaciedad de la mirada de una soltera.

Desde una perspectiva realista donde la ternura confluye con el dolor que sobreviene en el clímax de la catástrofe existencial, Sergio Galindo nos introduce al mundo de una *señorita* en *Polvos de arroz*, su primer novela publicada en 1958 dentro de la colección Ficción de la Universidad Veracruzana.

El título encierra una doble intención “polvos de arroz” para ocultar la desolación de *Camerina Rabasa*, la protagonista, polvos de arroz entendidos como residuos de ese grano blanco que nunca fue lanzado en la anhelada pero nunca realizada ceremonia nupcial.

Camerina es una solterona oriunda de Veracruz. Una mujer, especie de “comodín” para su familia, una buena para todo y nada dentro de su familia. Una vieja rezagada de un mundo más vivo. Sus días transcurren en el círculo de una rutina asfixiante. Sus salidas a las calles se van volviendo con el tiempo, en las más mínimas e imprescindibles. Ir al mercado, hay que alimentarse para sobrevivir, ir a misa los días domingo con esa esperanza aletargada que Dios le envíe un hombre a quien amar, o ir a comprar esos estambres para tejer una especie de red que mantiene un prudente alejamiento con el mundo circundante.

Camerina Rabasa es una vieja que no se resigna al status de la “tercera edad”. Trata de sentirse joven, lo logra al entablar correspondencia con un desconocido, el cual localiza a través de una sección dedicada “a comunicar almas solitarias” de una po-

pular revista, como en su tiempo lo fue "Confidencias".

A través de Juan Antonio, a quien nunca se atreve a conocer personalmente, Camerina se inventa una historia, una ilusión clandestina para sentirse menos sola y abandonada a la deriva. A media luz, a solás, se sueña mujer de Juan Antonio.

Sergio Galindo nos delinea así a una Camerina Rabasa soltera universal, victimizada por sí misma y quienes la rodean, pero que mantiene la fe de escapar. Una mujer a quien se le podría aplicar ese poema amargo de Rosario Castellanos intitulado "Jornada de la soltera": "Asomada a un cristal opaco la soltera —astro extinguido— pinta con un lápiz/ en sus labios esa sangre que no tiene./ Y sonríe ante un amanecer sin nadie".

Un amanecer sin nadie por esa huída imprevisible de Rodolfo Gris, su amor de juventud, y la llegada de esa quimera llamada Juan Antonio. La angustia es el hilo conductor en varias de las páginas de *Polvos de arroz*, cuando hay referencia directa a ese ser íntimo de la soltera: "Allí estaban las dos, con menos vida que un cadáver, haciendo primores como decían siempre las mujeres que les compraban chambras y carpetitas. Dos muertas —se repetía a sí misma cuando Augusta dormitaba—, las dos hermanas muertas".

La solterona es vista como una desventurada Penélope, que es manipulada por el azar: "No parecía tener voz más que para hablar de estambres, hilos, colores y medidas".

Asimismo los objetos hechos por la propia Camerina le dan una especie de fortaleza para defenderse ante los otros, para aislarse de su entorno: "Se limpió con un pañuelo diminuto, bordado por ella misma, y observó a los transeuntes, hasta que supuso que Perla había dejado de fijarse en ella".

La inmanencia preside la vida de la soltera y Sergio Galindo no pasa por alto este factor en *Polvos de arroz*. Nos pinta a una Camerina Rabasa gorda, arrugada, desesperanzada, anulada por el ostracismo de la provincia, acribillada por la decadencia de su hermana Augusta, una especie de robot

momificado: "Hasta que esa vida se convirtió exactamente en una mina agotada de largos corredores vacíos por los que nada pasaba y era inútil detenerse a esperar algo nuevo".

La culpabilidad es uno de los sentimientos en la soltera y otro acierto de Galindo es el manejarlo a partir de una confrontación entre la luz y la oscuridad, fuerzas de contención la una sobre la otra.

El narrador sitúa la habitación de su protagonista: "No era como la recámara de Jalapa que permanecía en una densa oscuridad", en paralelismo a la luz que penetra a través de las ventanas de una casa de la gran ciudad, más específicamente la casa de su sobrina Julia.

El contraste es preciso: "Camerina despertó sobresaltada y con una sensación de culpabilidad que aumentó al notar que el sol, a pesar de la persiana, inundaba la recámara de Lucio".

O más explícitamente Galindo nos habla de esa luz que hace su entrada de lleno durante la primer estación del año, como una especie de estallido de libertad: "Camerina sentía esa primavera, ese reventar de colores y aromas, con azoro y envidia".

Esa luz que trasgrede su mundo oscuro, una rebelde a destiempo a sus 70 años al buscar en Juan Antonio Ulloa, mero fantasma, una opción para cambiar la grisedad de su mundo, por desterrar la neblina que la circunda y que acabará por ahogarla, cuando Lucio y Perla, los hijos de Julia, sus sobrinos nietos descubren esa su ilusión clandestina, cuando Julia opta por enfrentarla "a la cruda realidad", aunque la luz enceguedora de cómo son las cosas la perturben.

Camerina Rabasa se auto-bloquea, nunca fue lo suficientemente valiente para establecer una cita con Juan Antonio —su amado epistolar— temió el enfrentamiento directo de su propia desmitificación.

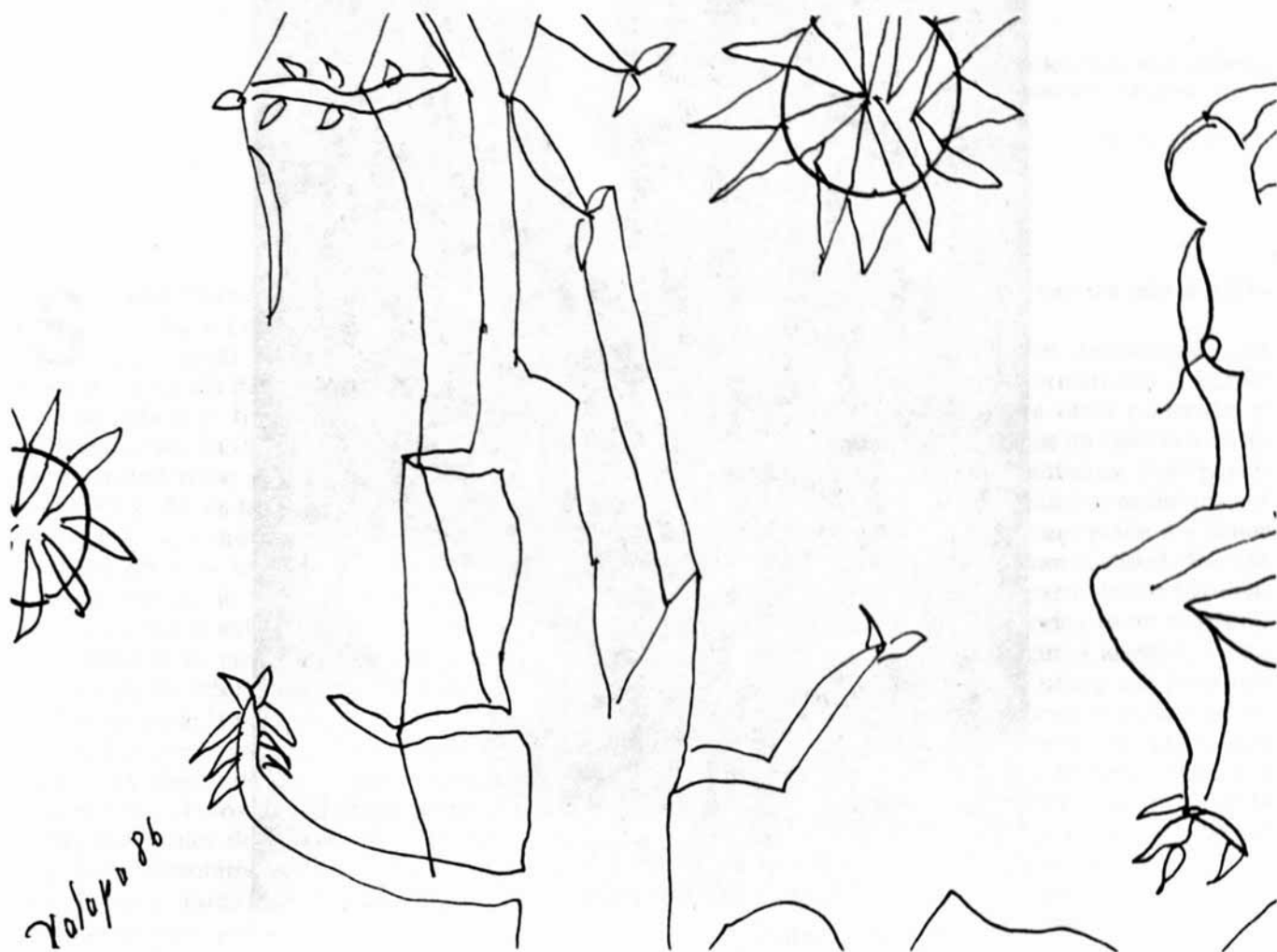
Ella misma se condenó en su complacencia, en residir dentro de su círculo de sombras y espectros, vivir:

Entre esas paredes que rodeaban la casa y en el jardín, había aprendido a amar cada hoja, cada flor, cada ruido (no las orugas, que siempre le producían repulsión y a las que con el palo de la escoba tiraba al suelo y luego pisaba) como parte y prolongación de sí misma. Experimentar eso era agradable. Si venía el frío a molestarla, corría a su recámara, se ponía encima un chal y salía de nuevo a ver sus flores, sus árboles y hasta sus nubes que a pesar de los cambios del tiempo, parecían ser siempre las mismas, pertenecerle. Eso es la vida. Eso es lo que uno está viviendo.

Polvos de arroz de Sergio Galindo es una novela

realista que se desarrolla en una forma cíclica, en un tono intimista. Una aguda penetración psicológica al universo de la solterona, al ser de una Camerina Rabasa, rebelde a destiempo. Sólo le objetamos al autor, la brevedad de su libro, hubiéramos deseado más páginas.

Los párrafos entresacados de la edición correspondiente: Galindo Sergio —*Polvos de arroz*— Ficción —Universidad Veracruzana-Xalapa/ México-1980-109 pp. edición ilustrada por Marta Palau.



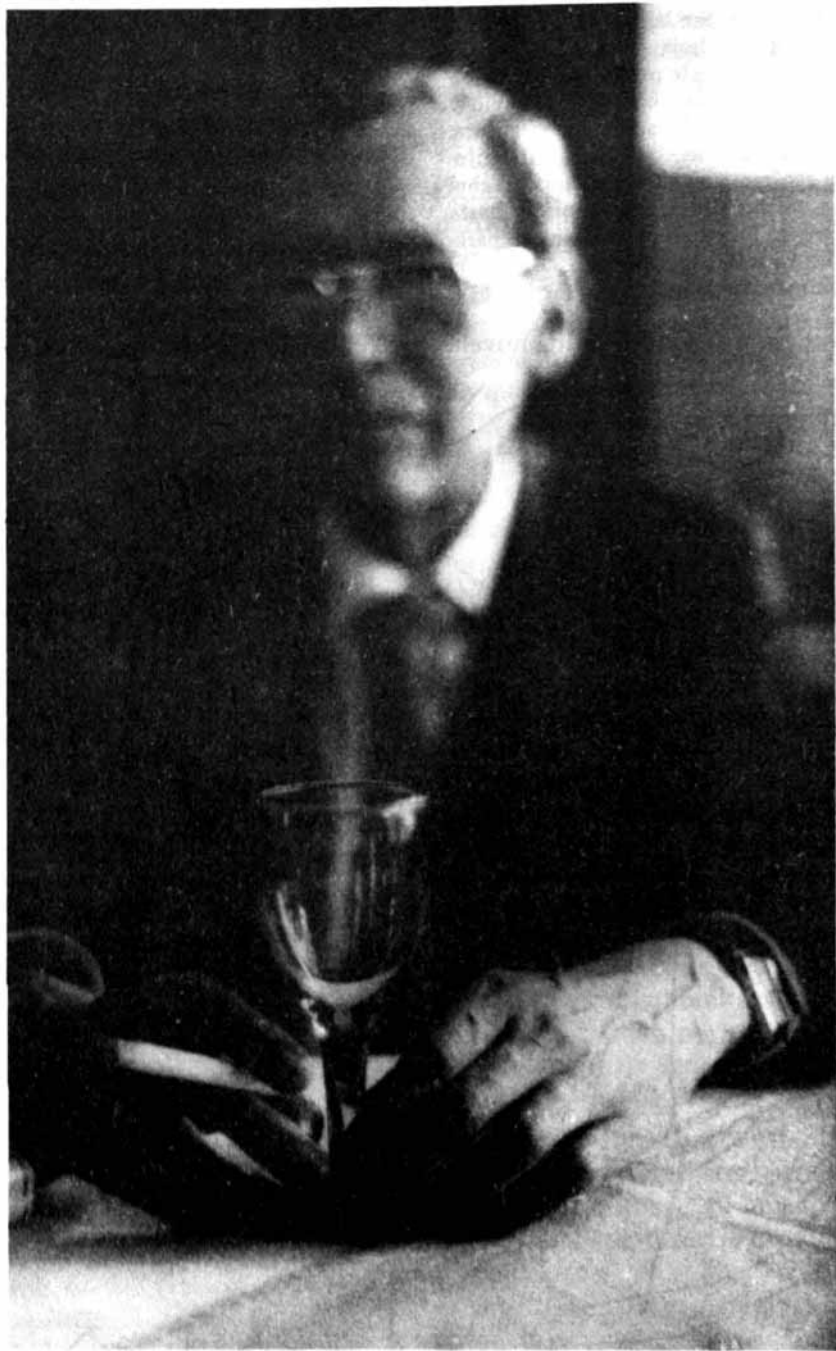


Foto: Miguel Angel Quijada.